

## DISCURSO

Por **MARIANO OSPINA PEREZ**

*Discurso pronunciado al recibir de la Universidad Pontificia Bolivariana el título de Doctor Honoris Causa.*

De todos los títulos consagráticos que me ha cabido en suerte recibir, con largueza que honra tanto como obliga, acaso ninguno como éste, ostente un significado más acorde y grato al ideal de mi existencia. Efectivamente, el nombre de la augusta universidad, creada por el esfuerzo meritorio de quienes levantaron aquí, sobre la base firme de la roca antioqueña, los muros de esta fábrica portentosa de la cultura, está simbolizando toda la aspiración de un pueblo libre que vincula al pensamiento católico, raíz, y decoro de su espíritu, el recuerdo del máximo héroe de la patria, para guardar así fidelidad al propio pensamiento bolivariano de que "la unión del incensario con la espada de la fé contituye la verdadera arca de la alianza".

El nuéstro ha sido, en medio de su proceloso destino, un pueblo profundamente religioso, en cuanto ésto significa acopio de virtudes cristianas exentas de todo fanatismo, pero no por eso menos arraigadas y firmes. La fé verdadera, la que crea, la que muda montes, no necesita, realmente, para su afirmación y fortaleza, la explosión iracunda de la intransigencia sectaria que cree demostrar afecto por un ideal con actitudes extremistas, cuando precisamente así lo posterga y humilla. Ella vive en la conciencia colectiva, nutriéndose más de obras que de gritos, desenvolviéndose en el fondo de la actividad cotidiana con la tranquila dignidad que reclama el ejercicio de una doctrina basada en la justicia. El heroísmo que predica no es el espectacular e histriónico de las pasiones sublevadas, sino el callado y fecundo de la acción constructora que sirve para perfeccionar hombres y patrias, en la empresa ambiciosa de conquistar sitio de honor en la eternidad para las almas y en la historia para los pueblos. Merced a su práctica constante fué posible

el prodigio de la civilización occidental, que, trasladada a América en las naves de Colón, completó la redondez del mundo y le dió un sentido ecuménico a la hazaña de los conquistadores. El descubrimiento y la nueva ruta de la cultura que allí se inicia, carecerían de sentido a través de una interpretación marcadamente materialista, donde el proceso histórico apareciera subordinado a un objetivo simplemente económico. La cultura es una suma de valores, entre los cuales imponen su necesaria jerarquía los del espíritu, que ha sido siempre el motor superior que impulsa la total actividad del hombre sobre la tierra.

Cifra y compendio de esta civilización, llegada hasta nosotros en las galeras españolas, fué la figura gigantesca del Padre de la Patria, cuyo nombre glorioso habéis asociado sabiamente a esta empresa de cultura, para que así el ideal de un pueblo católico aparezca sostenido por el brazo robusto del héroe que simboliza más auténticamente sus virtudes representativas.

Porque el genio de España al pasar a América trasladó principalmente la inconfundible metafísica de su historia, que aparece siempre dominando el escenario donde se mueve la acción de sus santos y de sus guerreros, de sus letrados y de sus místicos. De ahí que el destino de los pueblos americanos se halla tan indisolublemente vinculado al hecho católico, el cual por sí solo ha servido, entre otras cosas para determinar la formación de esa fuerte conciencia colectiva de solidaridad, que hizo posible en el pasado el sueño bolivariano de la unidad continental, a la cual venimos acercándonos en el presente, a medida que la confusión contemporánea nos señala como personeros auténticos y desinteresados del derecho, de la paz y de la justicia, dentro de un mundo arrasado por la ambición y el egoísmo.

No puedo, por eso, ocultar mi emoción al ver cómo esta fábrica de la cultura ampara así los diversos valores de nuestra nacionalidad, lo que le da razón de ser y la explica como agregado social de inconfundibles características.

Al recibir el título honrosísimo que hoy se me otorga, asocio en la imaginación la fé de mis mayores con las virtudes de los fundadores de la patria, representados por su exponente máximo, y experimento la vanidad de sentirme hijo de una civilización en cuyos principios morales, religiosos y jurídicos ha crecido una patria que hoy exhibimos orgullosamente, como espejo de democracias políticas, y cuya independencia económica necesitamos garantizar también como indispensable desarrollo de la libertad en todos los campos.

Todo el transcurso de la vida colombiana, a través de el último siglo, se resiente de excesivo afán académico, de interés exagerado por una tarea meramente especulativa, que, si sirvió, después de largas controversias y ensayos, para conformar nuestra fisonomía jurídica, distrajo empero muchas valiosas energías, que, encauzadas convenientemente, hubieran podido ser utilizadas para levantar nuestro progreso sobre bases más estables y firmes. Porque el colombiano, después de haber agotado su curiosidad en el estudio de ajenas culturas, de remotas comarcas y de pueblos extraños, necesita ya, sin desentenderse de lo grande y fundamental existente en otras latitudes, volver sobre

sí mismo, explorar su propio destino, buscar en sus orígenes las causas que han determinado su proceso histórico, las modalidades de su carácter, las condiciones del medio físico en que actúa, la eficiencia de sus núcleos raciales y, en suma, todos los variados aspectos que ofrece el vasto problema de nuestro pueblo, como otros tantos puntos de meditación propuestos a la inteligencia nacional.

El esfuerzo tesonero de las generaciones anteriores contribuyó, sin duda, a delinear los trazos generales de la república, y con la libertad política nos dió instituciones ejemplares, al amparo de las cuales hemos alcanzado una organización que responde fundamentalmente a las características del medio y a las exigencias de la raza. Pero no basta la armónica arquitectura del Estado si un contenido realista y una gran inquietud social no le comunican vitalidad a su estructura. Entre nosotros resulta cierto que la nación ha venido creciendo desmesuradamente mientras el Estado ha permanecido estacionario. Hasta la yerta rigidez de sus líneas ha llegado la inquietud por las nuevas realizaciones sociales; y es evidente que mientras exista esa desproporción manifiesta, habrá siempre una obra de vastas proyecciones que reclama el desvelo constante de la inteligencia y el impulso tesonero de la voluntad ambiciosa.

Habéis traído a esta fiesta, señor doctor Naranjo Villegas, en medio de las galas oratorias y de los brillantes conceptos de vuestro magnífico discurso, y de generosas e inmerecidas frases de elogio que comprometen mi imperecedera gratitud, el recuerdo emocionado de gentes de mi sangre, cuyos nombres aparecen vinculados por diversas circunstancias hitóricas a la vida de la patria, desde los orígenes mismos de la nacionalidad. Debo agradecerlos tan gallarda evocación que si reajo en este instante no es por la vanidad que ella entraña para mi nombre, sino porque las obras a que se vincularon aquellos antepasados míos, están íntimamente unidas a la faena de crear una patria sobre la base firme de las realidades auténticas.

Quienes en la época de la conquista descubrieron territorios, fundaron ciudades, instalaron colonias agrícolas y exploraron minas, mientras otros se consagraban a imprimirle a aquélla un carácter de empresa militar y eclesiástica, no se desentendieron del ideal, sino, antes bien, para mejor honrarlo y servirlo concibieron la tarea como fuerza económica de firme cimiento democrático y ambiciosa expansión colonizadora, comprendiendo que la formación de núcleos de trabajo contribuiría a la explotación de las riquezas naturales de nuestro suelo, logrando a la vez la formación de importantes centros de producción, indispensables para el aprovechamiento adecuado de las comarcas descubiertas.

Es justo, además, que no olvidemos a aquellos que, profundamente enamorados en su juventud de los principios románticos de la época, se consagraron más tarde al estudio atento de la realidad granadina, en los distintos aspectos de su civilización y su cultura, hasta formarse una concepción orgánica de la patria que les permitió al llegar al gobierno del Estado, orientar la actividad pública dentro de los recios lineamientos republicanos, que inspiraran el resto de sus vidas, lleván-

dolos a defender con voluntad heroica el sentido legalista de la nación, que desde entonces, a pesar de momentáneos eclipses, perfeccionó aún más la conciencia jurídica que ha venido consolidándose lentamente con caracteres definidos en la historia del continente.

No podría traer sin emoción esta noche, al escuchar vuestras palabras, señor doctor Naranjo Villegas, el recuerdo de quien me antecedió en el tiempo y de cuya sabiduría y amor por las cosas de la patria aprendí que muchas de las fallas de nuestra orientación nacional dependen, en gran parte, del desconocimiento que tenemos los colombianos acerca de nuestro proceso histórico, de nuestros recursos naturales y de las aptitudes de las razas que nos dieron origen. De ahí que su inquietud investigadora lo llevara a buscar, paralelamente con la investigación geológica, minera y agrícola, en el estudio de las lenguas aborígenes, sobre las cuales adelantó meditados trabajos científicos truncados por la muerte, la explicación de aquellas culturas abolidas de América, sobre cuyas ruinas se edificó la colonización española, sin que pueda decirse que el elemento indígena hubiera desaparecido del todo en la nueva composición, ya que aún permanece como factor integrante, cuya manifestación más o menos intensa en distintas regiones del país, nos recuerda un aporte esencial en la formación de nuestro pueblo.

Os habéis referido, en certero e inteligente análisis, al proceso de nuestra cultura en formación y a las contradicciones, saltos y cambios de emplazamiento que se observan dentro del período todavía embrionario en que nos encontramos. Hegel llamó a estas patrias "pueblos niños", para significar en esta forma cierta actitud de asombro y balbuceo ante los problemas y el grado de ingenuidad misma con que han solido contemplarlos. En este sentido hemos sido un reflejo inevitable de viejas culturas, producto de un mundo milenario que al llegar a nosotros nos impone formas, métodos y sistemas capaces de someter nuestra energía, encauzándola muchas veces por equivocados senderos, que acaso no consultan necesariamente nuestra índole y temperamento. Claro que no podríamos, y aún no deberíamos, escapar totalmente a su influjo, ya que nuestro incipiente desarrollo no alcanza todavía las condiciones necesarias para remplazar formas experimentadas de la cultura. Pero ya es hora de que pensemos en términos más nuestros, más cercanos a nuestra realidad, más acordes con nuestro medio.

A mi juicio, sin descuidar el estudio de las tesis fundamentales en los distintos campos de la filosofía, del derecho y de las ciencias abstractas, deben las modernas universidades dedicar cuidadosa atención a la investigación del medio físico y al factor humano, ya que estos dos elementos combinados encierran, en el campo concreto de la realidad, la clave del porvenir y progreso de la sociedad y del destino de los pueblos.

En los países nuevos como el nuestro, este estudio exige un esfuerzo extraordinario para colocarnos en condiciones similares a las de aquellas naciones que durante siglos han venido escrutando minu-

ciosamente, con la ayuda de todos los adelantos de la ciencia, sus posibilidades naturales y sus características etnológicas.

La fase rutinaria y antieconómica de explotación de las riquezas de nuestro suelo y subsuelo, que caracterizaron la actividad de la colonia y que, en gran parte, han sido la norma de nuestro trabajo en el siglo largo que llevamos de vida independiente, no puede subsistir si aspiramos a mejorar nuestras condiciones en el campo de la cultura.

Dispendioso sería el análisis que podría hacerse en esta materia, pero el asunto es tan claro que no necesita una demostración rigurosa. Basta, por ejemplo, observar lo que ocurre con nuestros suelos en todo el territorio de la república, pero principalmente en este montañoso de Antioquia, para darnos cuenta cabal de la forma vertiginosa como va desapareciendo su fertilidad y su consiguiente capacidad productora. Sólo un análisis científico de las condiciones geológicas y agrícolas de nuestras tierras laborables y la aplicación técnica de los medios requeridos para su recuperación, podrán salvar a nuestro pueblo de un desastre definitivo.

Se van alejando ya los tiempos en que con poco esfuerzo personal podía extraerse de las arenas de nuestros ríos o de las rocas de nuestras montañas, el rico mineral aurífero, o se lograba la producción de combustibles y de materiales de construcción mediante el sencillo proceso de descuajar la selva y de convertirla a la vez en territorio propicio a la agricultura o a la ganadería, merced al primitivo y devastador sistema del fuego.

Antioquia, antes que otros departamentos del país, obligada por lo impropio del medio físico y amaestrada en ciertos aspectos de la técnica por los trabajos de su industria minera, dió los primeros pasos en el progreso de un mejor aprovechamiento de otros elementos naturales más difíciles de aprisionar pero más fecundos en su cooperación con el esfuerzo humano, tales como la energía hidráulica y su transformación en el maravilloso fluido eléctrico.

Al lado de las investigaciones relacionadas con el medio físico que se llevan a cabo afanosamente en nuestra Escuela Nacional de Minas, en la Facultad de Química de esta Universidad Bolivariana y en otros institutos similares de carácter técnico, existe un factor que no podemos descuidar, ya que él es el punto de partida y el objeto central de toda labor de cultura o progreso, y ese factor es el hombre mismo. El desconocimiento de este hecho llevó a la ciencia del siglo pasado a cometer errores increíbles en casi todos los campos, como aconteció, por ejemplo, con el derecho penal que estudió ansiosamente el crimen sin preocuparse de conocer y estudiar al delincuente; con la medicina, que creyó encontrar todo su campo de acción en el estudio de la enfermedad y de sus antídotos, olvidándose de que es más fundamental y más necesario el conocimiento subjetivo del enfermo; con las ciencias económicas y sociales que se empeñaron en elaborar intrincados volúmenes y contradictorias y variadas teorías sobre el trabajo y sobre la riqueza, ignorando la existencia del trabajador y del consumidor.

En el campo mismo de la educación, nada puede hacer el ma-

estros que signifiquen algo perdurable y efectivo, si no tomar como base inicial de su tarea no sólo el conocimiento general del niño, sino, ante todo el de cada niño en particular, basándose no solamente en las reacciones inmediatas sino tomando como punto de partida antecedentes de familia, de raza y de medio ambiente.

Este problema adquiere modalidades distintas y exige mayores conocimientos y más vastas investigaciones en países como el nuestro, en el que especialmente, como se observa en ciertas regiones, hay una mezcla de razas originarias no sólo de nuestro continente y de los países europeos, sino también de otras comarcas de la tierra.

Para demostrar hasta qué punto es esencial este conocimiento del factor humano, aún para las labores aparentemente más sencillas de organización y de orientación, bastaría detenernos a considerar, por ejemplo, el hecho que suele presentarse de que en el simple comando de una compañía de nuestros cuadros militares, no pueden usarse los mismos estímulos y sistemas, ni siquiera idénticas palabras y ni la misma entonación de voz para ejercer el mando en forma efectiva, sobre un grupo de habitantes de nuestros departamentos costaneros, que sobre otro originario de las altiplanicies de Cundinamarca y Boyacá, de las regiones montañosas de los Santanderes, Caldas y Antioquia o de las llanuras del Huila y del Tolima. Igual cosa puede decirse respecto del manejo de los trabajadores en la agricultura, en la minería o en la industria, y con mayor razón al legislar sobre problemas de orden económico, político o social.

De todo lo anterior resulta lógico que este gran centro de cultura que es la Universidad Bolivariana, deba aspirar a extender cada día más su radio de acción y su aporte efectivo al adelanto y civilización del país, dando preferente atención a todo lo que se relaciona con el hombre colombiano no sólo en su estado actual sino aún en sus más remotos orígenes.

Vemos cómo en todos los países más avanzados, el estudio de las lenguas, de las costumbres, de las inmigraciones primitivas, es motivo de hondas investigaciones y de acaloradas controversias. Entre nosotros, no tanto en relación con nuestros ascendientes hispanos sino especialmente en lo que toca con el hombre americano, la investigación apenas se inicia, no obstante que el campo es tan vasto y fecundo que en él puede encontrarse la clave de muchas incógnitas aún existentes en relación con la historia de género humano.

Inspirado en estos conceptos y en el deseo de contribuir a incrementar el acervo de la cultura patria, mi padre consagró de manera especial, los tres últimos lustros de su vida, al análisis comparativo de las lenguas americanas con las europeas y las asiáticas. De aquel trabajo laborioso, que lo obsesionó hasta la muerte, permanecen como valioso aporte científico los archivos de la biblioteca familiar compuestos por libros de gramática, idiomas y vocabularios, algunos de los cuales constituyen verdaderas curiosidades bibliográficas, y por los manuscritos ya borrosos que contienen la síntesis de un tesonero esfuerzo, realizado en medio de las agobiadoras tareas de la enseñanza y de la lucha por educar decorosamente una familia numerosa.

Sobre las últimas notas que trazó la mano temblorosa del investigador, se abre a los espíritus estudiosos vastos panoramas científicos. Para no ofrecer sino un ligero esquema de la obra iniciada, baste anotar que de allí parece salir clara y precisa la tesis de la unidad del lenguaje humano, como corolario de la unidad en la especie que proclama el catolicismo. Surge igualmente de toda esta investigación la clave interpretativa que permitirá soldar muchos de los eslabones rotos existentes en el estudio histórico de las lenguas básicas y establecer la relación clara de unas con otras, aún tratándose de idiomas tan aparentemente desconectados de los demás como el del pueblo vasco, tronco de numerosas e ilustres familias antioqueñas, y factor decisivo del empeño realizador del espíritu tradicionalista y de la fe religiosa de los habitantes de la montaña.

Y en relación con nuestro continente, este estudio comparativo permitió al historiador formar concepto sobre la época aproximada y la expansión progresiva, en el territorio comprendido desde Alaska hasta la Tierra del Fuego, de tres grandes inmigraciones de características inconfundibles, originarias una de ellas de la Mongolia, otra del archipiélago Malayo y una tercera de regiones pobladas por miembros de posible ascendencia semítica. La primera de estas inmigraciones trajo a América las tribus de pueblos pacíficos y laboriosos, dedicadas preferentemente al cultivo de la tierra; la segunda, aportó las razas belicosas y valientes, dedicadas preferentemente a la caza y a la pesca, que constituyeron el núcleo de resistencia heroica al avance de los conquistadores europeos, destacándose entre sus tribus las de los Pielrojas, los Caribes y los Araucanos; y por último, la tercera inmigración parece haber dado origen particularmente a las castas de los sacerdotes, adivinos y maestros.

Al hacer el obsequio de estos libros y apuntes a la Pontificia Universidad Bolivariana en mi nombre y en el de los míos, rindo homenaje agradecido a la tierra de mis mayores, en la seguridad de que no podría quedar en mejor custodia la tarea de continuar una labor que la Divina Providencia en sus inescrutables designios, no permitió concluir a quien la iniciara con voluntad indomable y con hondo sentimiento idealista.

Está bien que sea esta generosa tierra antioqueña, que para mí ofrece tan múltiples motivos de afecto, donde la juventud universitaria prosiga estos estudios de interés esencial para el perfecto conocimiento de nuestros orígenes históricos. Porque de estas breñas, dominadas por el bravo esfuerzo de un pueblo que soñó su propia e-popeya, y la vivió y cantó luego a través de sus guerreros y estadistas, de sus hombres de empresa y de trabajo y de sus más celebrados novelistas y poetas; de este suelo donde los hombres más eminentes y representativos del pasado descujaban selvas con la misma pericia con que dirigían el gobierno; de estos sitios que vieron partir un día a Girardot para ofrendar su vida en el Bárbula, y contemplaron a Córdoba, altanero y magnífico, exclamar en la desesperación de su último combate: "Si es imposible vencer no es imposible morir"; y en fin, de estos parajes que escucharon las notas poéticas de Gutiérrez González

y de Epifanio Mejía, como una lírica demostración de que también la indomable raza trabajadora vibra al conjuro de los más delicados ideales, deben partir, ya no para provecho directo de la comarca familiar, sino para beneficio de la nación entera, las legiones de hombres que vinculen el esfuerzo antioqueño a la grandeza de la patria común en todos los órdenes, a fin de que Colombia conquiste el sitio de comando que para ella ambicionó Bolívar en la vida del continente.